

existía, del descontento que entre los sajones reinaba y de la lucha que se suscitó en el seno de la familia real por la ambición de Enrique y la postergación de Thankmaro. De esta suerte, los enemigos de Oton, prescindiendo de la diversidad de impulsos que les movían y de objetos que se proponían, se unieron para una acción común. Eberhardo de Franconia renovó sus contiendas con su adversario sajón y no hizo caso alguno de las amonestaciones del rey. Thankmaro levantóse en armas, se apoderó de Enrique, hermano del rey, y lo entregó al duque de Franconia; pero la fidelidad de Hermann Billing y de Hermann de Suabia evitó que la rebelión tomara mayor incremento. Acosado de cerca Thankmaro, atacó á Eresburg y murió en el asalto que intentó en 28 de julio del año 938. Muchos de sus cómplices perecieron en el tormento. Eberhardo de Franconia pensó entonces en la paz, que esperaba conseguir por mediación de Enrique. Entonces ocurrió un cambio inesperado: cuando Eberhardo se arrodilló delante de Enrique, pidiéndole perdón por la prisión que le había hecho sufrir, Enrique prometió perdonarle á condición de que le ayudara en la rebelión que contra su real hermano tenía proyectada. Enrique, cegado por la ambición, aprovechó el momento en que los vencidos rebeldes imploraban su mediación cerca del rey, para atraerles á su causa. También entró en esta alianza Giselberto de Lorena, cuñado de Oton, para conservar la independencia que había sabido conquistarse con su hábil política de balancin entre el rey franco-oriental y el occidental.

En un principio pareció que Oton no comprendía la gravedad del peligro que le amenazaba: engañado por hipócritas deseos de paz, perdonó á Enrique y le impuso ligera cárcel; pero la fuga de Enrique fué la señal del levantamiento y de la guerra civil que estalló en el imperio, cuyas tristes consecuencias sufrieron directamente la Westfalia y las comarcas del bajo Rin. Oton en persona entró en campaña para impedir que Giselberto y Enrique pasaran el Rin y se unieran á sus enemigos sajones. El emperador quiso pasar el río por Birthen, en la comarca de Xanten, pero cuando había pasado una pequeña parte de su ejército, presentóse el grueso del enemigo y amenazó aniquilarlo antes de que él con el resto de sus tropas pudiera atravesar la corriente. Entonces Oton, según refiere la crónica de Widukind, que tiene marcado carácter legendario, se arrodilló y oró fervientemente á Dios para que salvara á los suyos. Los sajones, entretanto, se habían aprestado á la defensa, después de haber dejado sus bagajes y el tren en seguridad, en Xanten, debiendo á la astucia la victoria que allí consiguieron. El destacamento sajón se dividió, atacando los unos por delante al enemigo que avanzaba mientras los otros daban un rodeo para caer sobre la retaguardia de los loreneses, y algunos, que conocían el francés, gritaron á estos que huyeran. Los loreneses, atacados por dos partes y creyendo que las excitaciones á la fuga partían de sus propias filas, se apresuraron á evitar rápidamente la derrota. Esta victoria fué tenida por un milagro, pero no mejoró en nada la situación de Oton, pues mientras los wendos, aprovechándose de la guerra civil, acosaban con sus repetidos ataques al valiente Gero, Enrique se presentaba audazmente, con pocas tropas, en Sajonia y sin tener en cuenta que la mayor parte de sus partidarios, al tener noticia de la victoria de Birthen, se habían sometido al rey, fortificándose en Merseburgo. Oton le sitió, pero tuvo que concederle libre retirada cuando la ciudad le abrió sus puertas después de dos meses de resistencia. Enrique regresó á Lorena, donde su cuñado Giselberto se había hecho, entretanto, feudatario del débil Luis IV de Francia. Cuando Eberhardo de Franconia se levantó también en armas, la situación de Oton fué en extremo comprometida. Apresuróse á dirigirse contra el du-

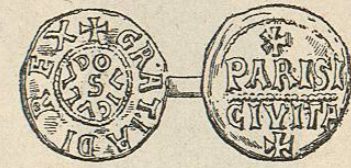
que de Franconia y tomó posiciones en el alto Rin, en la comarca de Breisach, donde recibió la noticia de que Eberhardo se había ya reunido con Giselberto y que ambos se proponían pasar el Rin y penetrar en Westfalia. Entonces la traición, que hacia tiempo se anidaba entre los que rodeaban al rey, levantó descaradamente su cabeza y poco faltó para que Oton viera reproducirse en Breisach algo muy parecido á lo que había acontecido en Lugenfelde á Ludovico Pio. Los obispos que con sus tropas iban con Oton, consideraron perdida la causa de este; se llegó á decir que la soberanía de los sajones había tocado á su fin, y algunos prelatos se apresuraron de tal suerte á emprender la fuga, que dejaron abandonadas sus tiendas y una parte de sus equipajes. Pero Oton hizo frente al peligro de la desertión general de un modo muy distinto que Ludovico Pio. En efecto, dió plenos poderes al obispo Federico de Maguncia y al obispo Rothad de Estrasburgo para que entablaran negociaciones con Eberhardo, esperando quizás que mediante algunas concesiones lograría apartarle de sus aliados. El acuerdo que convinieron demuestra que el arzobispo y su compañero sentían ciertas inclinaciones secretas hácia los rebeldes; de suerte que también la Iglesia estaba á punto de pasarse al campo de los enemigos de la monarquía sajona. Oton, sin embargo, rechazó indignado el tratado, cuya aprobación se le pedía, fundándose en que no había dado al arzobispo poderes para hacer tales abdicaciones. Entretanto ocurrió un cambio que salvó la situación. Eberhardo y Giselberto habían pasado el Rin y saqueado aquellos territorios hasta Westfalia: cargados de botín, habían emprendido ya la retirada y llegado á la ciudad de Andernach, que se alzaba delante del Rin; y mientras las tropas con sus bagajes pasaban el río, los príncipes se entretuvieron comiendo en la orilla derecha. Entonces se presentaron de improviso los soldados de Oton, mandados por el conde Conrado de Franconia, apellidado Kurzpold, y su primo Udo, pariente pero encarnizado enemigo de Eberhardo, los cuales después de una larga persecución habían logrado dar con las huellas del enemigo, que se retiraba. Eberhardo, á pesar de su valerosa resistencia, cayó al suelo cubierto de heridas, Giselberto consiguió llegar sano y salvo á la próxima orilla y pudo huir en una barca, pero esta zozobró á causa del mucho peso que llevaba y el duque de Lorena encontró la muerte entre las olas de la corriente del Rin.

Este suceso feliz y extraordinario cambió por completo la situación en favor de Oton, dejando á su disposición dos ducados vacantes. Enrique huyó á la corte de Luis IV de Francia, el cual entonces concibió la esperanza de tener para siempre en su poder la Lorena, á cuyo objeto se casó con Gerberga, viuda de Giselberto. Oton supo aprovecharse de la victoria que sin intervención suya se había conseguido. Probablemente nunca pensó que habría podido transformar la institución ducal de una manera tan completa como á la sazón quedó trasformada por consecuencia de los últimos sucesos. En Birthen y en Andernach los representantes del particularismo habían sido vencidos, como en juicio de Dios, por los defensores de la unidad del imperio. Este, que en tiempo de Enrique I había sido una confederación, dió entonces un paso decisivo hácia la unidad. La vida particular política de las distintas razas se limitó cuanto se pudo. En Franconia cesó de existir la institución ducal con carácter de tal, y el país se sometió al gobierno inmediato del rey; de suerte que este, que ya era tenido por franco, portándose como tal y viviendo según el derecho franco, fué duque de Franconia; medida que permitía á los francos conservar el primer puesto en el imperio en el sentido de una preferencia honorífica, y que daba sólida base al poder real en aquellos

importantes territorios centrales. En Franconia concediéronse también tierras y vasallos á los hombres á cuya fidelidad debía Oton la salvación de su trono: los bienes patrimoniales de Eberhardo fueron distribuidos entre el duque de Suabia y el vencedor de Andernach. En cambio, la Lorena inspiraba algún cuidado á Oton. En un principio, dejó que continuara regida por el joven hijo de Giselberto, á cuyo lado puso un tutor de toda su confianza; pero la agitación constante y el afán de conquista de Luis IV hicieron, con el tiempo, imposible esta situación. Oton, entonces, confió el ducado á su hermano Enrique, que se había sometido y que había obtenido perdón, pero que no se portó lo bien que era de esperar. El hecho de haber sido despojado de la posición desde la cual había esperado quizás realizar sus ambiciosos planes, indignó de nuevo al joven Enrique, que muy pronto volvió á aliarse con los sajones descontentos, es decir, con los enemigos de Hermann Billing y del marqués Gero. Lo que con una abierta rebelión no pudo conseguirse se quiso á la sazón obtener de la astucia por medio del asesinato. La muerte de Oton debía abrir á Enrique el camino que debía conducirlo al trono, y ya se comprenderá que con ella quedaba también asegurada la futura independencia de los duques. El arzobispo de Maguncia entró en el complot, lo propio que el obispo Rothad de Estrasburgo, que ya antes se había hecho reo de traición, pero que después de algún tiempo de cárcel, sufrida en Hamburgo y en Corvei, había recobrado la gracia del monarca. La suerte, sin embargo, se mostró una vez más favorable á Oton, pues los planes de asesinato fueron descubiertos: los que habían tomado en ellos una parte principal fueron condenados á muerte, el arzobispo fué encarcelado en Fulda, y Enrique logró, con la fuga, evitar la prisión, y convencido de la inutilidad de sus ambiciosos esfuerzos, decidió implorar la gracia del rey su hermano, que estaba en extremo disgustado. Este, cediendo á las instancias de la reina madre, Matilde, — que se había hecho en cierto modo cómplice de su hijo por la predilección que en Erfurt le había manifestado, — concedió gracia en vez de hacer justicia, y Enrique fué internado en Ingelheim. En la soledad de su cárcel se persuadió de la gravedad de sus culpas. Seguramente en su ánimo, en el cual á la excitación de la lucha sucedió la reflexión tranquila, debió de producir gran impresión el hecho casi milagroso de haber salido su hermano siempre sano y salvo de los peligros que le habían amenazado. Enrique se arrepintió formalmente de sus faltas y no se dió punto de reposo hasta convencer á su disgustado hermano de la sinceridad de su arrepentimiento y obtener de él el completo perdón. Al tener noticia de que Oton iba á pasar la fiesta de Navidad en la vecina ciudad de Francfort, resolvió tocar de un modo inesperado el corazón de su hermano. Después de haberse escapado felizmente de Ingelheim y mientras Oton, con los demás individuos de la casa real y acompañado de un gran número de magnates laicos y eclesiásticos, estaba orando en la catedral de Francfort, durante la misa de Navidad, Enrique, descalzo y con el sayal de penitente, atravesó la apiñada muchedumbre, se arrojó á los pies del rey é imploró con sentidas frases su perdón. La severidad de Oton no pudo resistir la profunda emoción que tal escena produjo, y levantando al que estaba postrado á sus pies, le abrazó y le dió el beso fraternal, con lo cual quedaban para siempre sepultadas en generoso olvido las faltas de un pecado tenebroso. Así la fiesta de Navidad del año 941 fué una fiesta de paz y de reconciliación para toda la familia real y para todo el imperio. Aquella hora de emoción atrajo sobre sí las bendiciones del cielo: Enrique cumplió fielmente su juramento y con su constante adhesión al rey y al imperio enmendó todas las faltas que el demonio

de la ambición le había hecho cometer. Restablecida la paz en el seno de la familia real, la oposición perdió las últimas probabilidades de éxito, y se consiguió poner en orden la Lorena. Para hacer fracasar los planes de conquista de Luis IV, alióse Oton con el enemigo de este, Hugo el Grande de Francia, que se había casado con Edivigis, hermana menor del emperador. Esta guerra civil que estalló en la Franconia occidental impidió á Luis IV dirigirse contra la Lorena. Por mediación de Herberga y Edivigis, reunióse un congreso en Bougiers-sur-Aisne (verano del año 942): Luis IV renunció á la Lorena y se reconcilió con Hugo de Francia, de suerte que también el vecino reino occidental debió al monarca alemán el restablecimiento definitivo de la paz.

En el transcurso de estas luchas intestinas, las comarcas fronterizas alemanas sufrieron las incursiones de los adversarios vecinos: los daneses, wendos y húngaros se aprovecharon de las circunstancias, y si pudo conjurarse tan grave peligro debióse únicamente á la lealtad y al valor de Hermann Billing, al marqués Gero y á Bertoldo de Baviera. La constante experiencia demostraba que todo disturbio en el



Moneda de Luis IV de Ultramar.

Leyenda del anverso: GRATIA DI REX; en el centro el nombre LVDOVICVS, formando círculo las letras. — Reverso: la inscripción PARISI CIVITA en dos líneas, con una cruz encima y otra debajo.

interior del imperio afectaba á su seguridad exterior, por lo cual, convencido Oton de esta verdad, decidió acabar cuanto antes la reforma comenzada. La desaparición de los ducados de raza no bastaba por sí sola para ello, pues lo que habían conquistado en tierras y en vasallos no había pasado á manos del rey sino á las de la nobleza laica con él aliada, y de ello no podía, por lo mismo, disponer incondicionalmente la monarquía. Por esto Oton se esforzó por apoderarse de la otra mitad de la propiedad existente en el imperio, á saber, de la eclesiástica, que de cien años á aquella parte se había aumentado grandemente. La Iglesia había sabido aprovecharse de la poderosa influencia política ejercida en los tiempos de Ludovico Pio, de Luis el Niño, de Arnulfo y de Conrado, para eximirse en lo posible de las cargas públicas. Oton para hacerse independiente y luego señor de la nobleza laica debía aprovecharse de la propiedad eclesiástica y utilizar la fuerza militar y los abundantes recursos de la Iglesia. Con tal objeto procuró, desde el año 942, aliarse estrechamente con la Iglesia: como se trataba de una cuestión de posesión y poder reales, las tendencias universales que en la Iglesia todavía vivían habían obtenido gradualmente poderosa influencia en la política de Oton, á lo cual pudo haber contribuido un hecho psicológico. Los sucesos con que había terminado la guerra civil, las jornadas de Birthen y de Andernach y el modo cómo se había salvado de los planes homicidas de su propio hermano llenaron á Oton de tal confianza, que llegó á creer en una protección especial del cielo y á considerarse llamado á grandes cosas. Parecía estar también en más cordiales relaciones con su madre Matilde, á pesar de que no aprobaba la exagerada liberalidad que esta mostraba con las iglesias y los conventos. Estas tendencias de Oton fueron especialmente alentadas por su hermano menor, Bruno, el cual, ocupado desde el año 940 en la can-

cillería, conquistó muy pronto gran influencia y llegó a ser el principal auxiliar del rey en todo su gobierno. Bruno completaba los trabajos políticos del rey procurando aumentar el grado de ilustración del clero y mostrando a este con su ejemplo y sus disposiciones el camino por el cual podía apropiarse los tesoros intelectuales legados por la antigüedad romana, para ser con el tiempo la base de un nuevo florecimiento de la vida intelectual en Alemania. Gracias a sus esfuerzos, la cancillería real fué la escuela de futuros hombres de Estado.

Oton, en la realización de su nuevo sistema político y religioso atendió en primer lugar a Sajonia, donde existían confundidos los intereses eclesiásticos y los laicos, la política interior y la exterior. Durante algunos años se fué aplicando un sistema de bien meditadas reformas eclesiásticas en Sajonia y en las marcas inmediatas. Ya en 936, Oton, poco después de la muerte de su padre, había levantado en memoria y sufragio de su alma, el convento de monjas de Quedlinburgo, en el Harz, en el centro del palatinado ludolfingo. Accediendo a los deseos de la reina Edita, y como



Sello-anillo del emperador Oton I

viudedad a ella concedida, fundó el convento de San Mauricio, en Magdeburgo; y después de la guerra civil, dedicóse en grande escala a estas tareas. En Brandeburgo y en Havelberg creáronse obispados, que debían conquistarse sus diócesis por medio de las misiones. En el Norte se fundaron con igual objeto y para resistir a los daneses los de Aarhus, Ripen y Schleswig. Ciertamente con estas fundaciones no se trataba solamente de propagar la fe cristiana y la civilización alemana: la reorganización de los trabajos de civilización y de misiones tenía principalmente por objeto asegurar el orden interior de Sajonia y por tanto la situación del mismo rey. El problema que se quería resolver, en el Norte y en el Este, era no solo asegurar las fronteras sino también poner término, por medio del restablecimiento de un estado de cosas ordenado, a las guerras fronterizas, en las cuales la nobleza sajona se degradaba y conquistaba, a costa de los wendos, riquezas que le permitían hacerse independiente de la monarquía y molestarla con sus ataques. La cristianización de los wendos amenazaba a la aristocracia sajona en la independencia de que hasta entonces había gozado y prometía en cambio a la Iglesia ricas ganancias en tierras, vasallos y diezmos. De la misma manera que en Sajonia, procedió Oton en todo el imperio, protegiendo y enriqueciendo a la Iglesia y aumentando la influencia de esta, con el fin de enfrenar a la nobleza laica y de poder utilizar sus servicios. Allí donde había un obispado vacante, se ponía un sacerdote afecto a la corte; el rey se esforzaba en todas partes en hacer a la Iglesia independiente de la nobleza laica y en asegurar los bienes y derechos de aquella contra cualquiera agresión de esta. Por lo mismo, con infatigable liberalidad colmó de donaciones al clero, consiguiendo que en su país superara en riquezas y poderío al de las demás naciones, y llamándole y poniéndole en condiciones de desempeñar

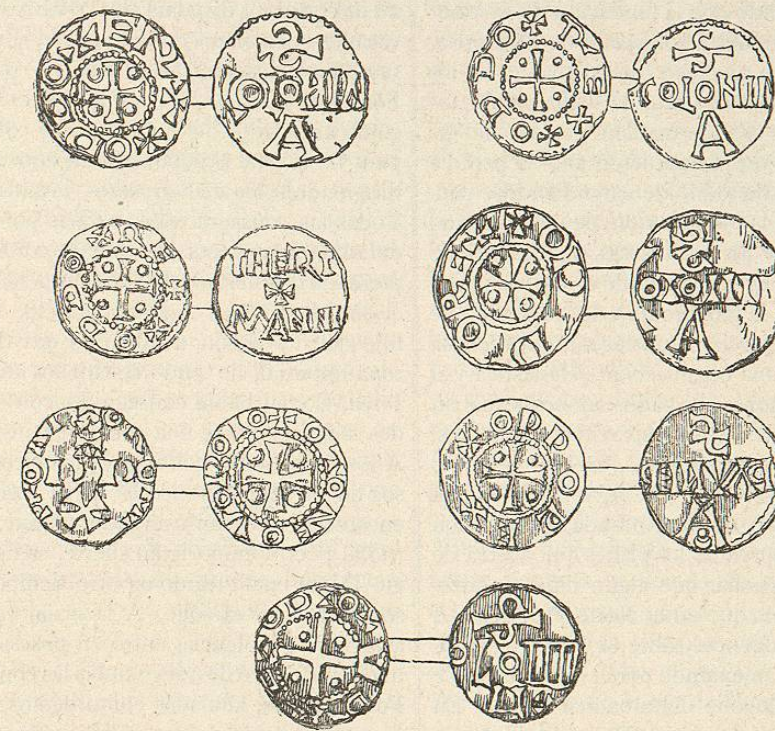
un papel importante en la historia alemana. Entonces, los obispos alemanes llegaron a tener la condición de príncipes; sus extensos territorios ponían a su disposición muchos miles de guerreros; innumerables vasallos establecidos en los dominios eclesiásticos supieron con su aplicación convertir aquellas tierras en las comarcas agrícolas más florecientes de Alemania. La manufactura y la industria comenzaron a adquirir importancia al servicio y bajo la protección de la Iglesia. El comercio floreció también, pues Oton concedió a los obispados gran número de privilegios mercantiles. Los báculos episcopales hicieron florecer las ciudades alemanas. La Iglesia no fué tan solo una potencia política y militar, sino que su influencia se extendió también sobre la vida económica de Alemania. Su agricultura, su industria y su comercio y tráfico eran para ella fuente de grandes riquezas, de aquí que fuese también una potencia poseedora de inmensos capitales. Oton robusteció en interés propio esta situación de la Iglesia concediéndole derechos de aduanas y de acuñación de moneda. Con frecuencia la nobleza, arrogándose el patronato, se había apoderado de los recursos de la Iglesia a veces violentamente: Oton puso coto a estos abusos y se reservó los derechos de patronato sobre las fundaciones pías y los templos del imperio. Ciertamente con ello perdió la Iglesia su independencia, pero en cambio participó del honor de la soberanía real, no como su auxiliar, sino como su sostenedora. Así como Carlomagno había reconocido la importancia ideal de la Iglesia y querido fundar en ella la unidad de que el imperio carecía, del mismo modo Oton I, aprovechándose de la división en dos partes del imperio, quiso llegar a la unidad material, a duras penas comprensible, fundando la monarquía sobre los bienes y sobre los medios de fuerza de la Iglesia. Este orden de cosas subsistió durante un siglo, y a él fueron debidos el extraordinario vuelo que tomó la monarquía alemana, el restablecimiento del imperio y la conquista de una situación de soberanía universal por los alemanes, soberanía que durante este espacio de tiempo solo temporalmente se vió destruida. Pero en el momento en que la Iglesia, emancipándose de la autoridad imperial, quiso volver contra ella los medios de fuerza que a su disposición había puesto, viniéronse abajo las columnas que sostenían el edificio del imperio y fueron dispersadas por una revolución política y religiosa.

Esto, sin embargo, puso a disposición de la monarquía la otra mitad del imperio: la cuestión estribaba a la sazón en utilizar en servicio de la institución monárquica la gran masa de bienes laicos que estaban en manos de los duques, condes y nobles y en las de los vasallos y servidores de estos, a la par que todos sus recursos económicos y fuerzas militares. El obstáculo principal, es decir, los ducados de raza, había desaparecido (937-940); pero vencer por completo a la institución ducal, no era posible, dadas la vida especial de las razas y la necesidad absoluta de la organización que en ella estaba basada. Por eso no era tan fácil convertir la institución ducal, como el episcopado, en un empleo dependiente de la monarquía, pero la conducta de Oton indica que con el orden de cosas en este punto por él establecido, quiso crear un período de transición que condujera a este resultado. Los ducados quedaron subsistentes a excepción del de Franconia, pero las atribuciones de los que al frente de ellos se encontraban fueron notablemente mermadas. En efecto, los condes ya no fueron nombrados por los duques, sino directamente por el rey, y los ducados se confiaron únicamente a hombres de toda la confianza de este y en lo posible a parientes suyos. Mientras Sajonia continuaba regida por Hermann Billing, Oton nombró en 944 duque del importantísimo territorio de Lorena al valiente Conrado el Rojo, el

noble más rico de todos los francos, a quien casó con su hija Liutgarda, a fin de encadenarle a los intereses de su familia. Al fallecer, en 945, el leal Bertoldo de Baviera, puso Oton al frente de este ducado a su hermano Enrique, casándolo con la hermosa e inteligente Judith, hija del poderoso duque Arnulfo. En Suabia sucedió, en 948, a Hermann su yerno Ludolfo, hijo de Oton y de Edita. Las posiciones desde las cuales los poderosos enemigos del rey habían opuesto resistencia, estaban ya en manos del hijo, del hermano y del yerno de Oton que, extraños como eran a aquellas razas, no pudieron echar tan profundas raíces ni alcan-

zar el poder que sus antecesores habían tenido. En cualquier tiempo y en toda ocasión podía el rey intervenir en la administración de los ducados, sobre los cuales ejercía vigilancia e influencia por medio de los condes palatinos, funcionarios que encontramos en cada uno de los ducados que se conservaron y cuyas funciones recuerdan las de los antiguos emisarios régios, pues eran los representantes del rey y estaban destinados a contrabalancear el poder de los duques (1).

Si analizamos la organización del imperio, tal como la arregló Oton I al terminarse la guerra civil, convendremos en la existencia de un verdadero progreso. Las distintas par-



Monedas del emperador Oton I.

1. Anverso: ODDO REX (escrito al revés), en el centro una cruz con una bola en cada ángulo. Reverso: en una línea COLONIA, con una S al revés encima y una A debajo.—2. Anverso: ODDO REX, en el centro una cruz con una bola en cada ángulo. Reverso: como en la primera pero más elegante y con la S bien escrita.—3. Anverso: ODDO REX, en el centro una cruz con una bola en cada ángulo. Reverso: en dos líneas separadas por una cruz THERMANNI (=Dortmund).—4. Anverso: ODDO RE; en el centro una cruz con una bola en cada ángulo. Reverso: COLOIII, con una S al revés encima y una A debajo.—5. Anverso: en el centro ODDO y formando con esta palabra una cruz RE-X, escrito de arriba abajo: en los cuatro espacios intermedios la inscripción IM-PR-AT-OR. Reverso: la inscripción oToREoVoRoIo (=Treveri ó Tréveris), en el centro una cruz con una bola en cada ángulo.—6. Anverso: la inscripción: ODDO REX en el centro una cruz con una bola en cada ángulo. Reverso: RENVAD, escrito al revés con una S encima y una A debajo (=San Reinaldo, que era el patrono de Dortmund).—7. Anverso: la inscripción ODIO-PRE, en el centro una cruz con una bola en cada ángulo. Reverso: COLOIII, escrito en dos líneas, con una S encima y una A y una cruz debajo.

tes del imperio conservaban, es cierto, su independencia, aunque algo limitada, pero todas ellas estaban unidas fuertemente a un centro cuya dirección se reconocía. Así como Enrique, como jefe de una confederación bastante amplia, solo había sido el primero de entre los factores del poder que iguales a él existían, Oton I fué realmente el soberano ordenador a quien apoyaba un círculo de consejeros íntimos, en su mayoría eclesiásticos. Habíase encontrado una fórmula dentro de la cual los deberes políticos a que el todo estaba sujeto podían cumplirse y los intereses del conjunto podían armonizarse con los de las distintas partes, mientras estas se sometieran pacíficamente al orden de cosas establecido. La garantía de este sistema estaba en la persona del rey y en la autoridad que este en ciertos casos podía ejercer, no en la monarquía en sí misma ni en el orden de cosas existente como tal. Los duques y los condes eran ciertamen-

te considerados como funcionarios, pero en contradicción con esto subsistía el feudalismo. El carácter hereditario de los feudos que de hecho existía no había desaparecido, antes al contrario había sido reconocido como regla general, de la cual había sin embargo algunas excepciones. Si la monarquía significaba nuevamente la fuente y el compendio de todo poder, debía a los triunfos personales de Oton y a la sumisión prestada a la Iglesia. La cuestión estribaba en si este estado de cosas tendría fuerza suficiente para contener de un modo duradero la resistencia, que se había dominado por medio de las armas, ó si sería necesario apelar a otras medidas más energicas, cuya aplicación hiciera indispensables nuevas y mayores fuerzas.

La Alemania volvió a tener una situación dominante, y

(1) Véase Waitz: *Historia constitucional alemana*, VII, pág. 167.